

Con lo pies descalzos ahondados en la arena y mis manos que me cuidan en un abrazo que quiero darme, miro uno de aquellos dibujos que tocan el alma y llenan los ojos de maravilla.

El cuadro especial que estoy observando no está colgado en un museo tradicional: su techo es el cielo estrellado, su suelo son granos de arena y sus paredes desaparecen en la inmensidad de una noche mágica.

Es la noche de San Juan, 23 de junio, yo me encuentro en la Playa de la Misericordia, en mi Málaga. El fuego es el protagonista de esa escena: mientras la juá se está quemando, el humo que se aleja desde esas cenizas no me impide ver los fuegos artificiales que estallan tras de él. Energía pura que sube al cielo y se abre en formas y colores que roban la mirada y se pegan en los recuerdos.

“Dancing queen” del grupo musical Abba resuena en la playa, mientras centenares de linternas volantes llevan deseos hasta las estrellas, para contarles que en la tierra hay muchas personas que sueñan brillar como ellas.

Agarrando en la mano un papel con un listado de todas las cosas negativas que quiero echar en el fuego, mis ojos brillan y mi corazón se emociona frente ese dibujo que lleva los colores de mi presente.

Las heridas que cada persona lleva queman, y siguen quemando por mucho tiempo, produciendo mucho humo que no te permite ver donde te encuentras y adonde quieres ir. Te sientes sofocar en las cenizas de un pasado que desorienta la brújula de tu vida.

Por muchos años me he sentido así, sin destino, encerrada en una niebla sin fin. Pero yo sabía que tras el humo, me esperaban fuegos que estaban bailando en todo su esplendor, en la pista de baile del cielo.

Hace 6 años empecé a bailar en el humo dejado por las personas que nunca supieron valorarme. Empecé a bailar los pasos que los demás pensaban que yo no fuera capaz de mover. Bailando entre las dificultades, los retos y los imprevistos, me di cuenta de que no solo podía bailar como una “Dancing Queen”, sino también de que podía seguir la música que más me gustaba.

Una música tocada por las cuerdas de mis sueños y sobre todo por el entusiasmo y por la confianza de creer en ellos.

Ayer eché en el fuego el listado de las cosas que no quería más en mi vida y lo observé mientras se quemaba. En ese momento no pensé más en el sufrimiento de aquellas cenizas, sino al calor que supe llevar en mi vida, gracias a mi voluntad y a mi entusiasmo, a pesar de todo.

El fuego de una familia que apoya mis elecciones y me quiere, el fuego del amor de mis amigos y de la familia que he creado aquí, el fuego del valor que por fin me doy y quiero conceder a mis sueños para que vuelen como las linternas volantes.

Al final el “ritual” de la noche de San Juan tenía que acabar con un baño en el agua. Mientras nadaba en el agua del mar de Málaga, me sentí de verdad renacer.

Mayo y Junio me han regalado, entre nuevos retos, esta sensación de bautismo. Después de muchos meses en los cuales vivía en el humo pero con la mirada fija a mis fuegos artificiales, por fin empiezo a disfrutar la vista de un cuadro que me ha costado muchos años y me ha tomado muchas energías.

¿Qué ha cambiado? Mi mirada, mi conciencia sobre mí y lo que quiero en mi vida.

En la noche más corta del año, me he regalado un recuerdo eterno: a todos los personajes de la película de mi Sve, esta vez quiero añadir una banda sonora.

“Dancing queen”: no hace falta si un mes me siento demasiado idealista como Don Quijote, llena de miedo pero al mismo tiempo valiente como Audrey Hepburn frente “la boca de la verdad de la vida”, o molesta por el fantasma del pasado como Scrooge.

Seguiré “bailando”, dándome la oportunidad de que mis sueños puedan alcanzar las estrellas, volando sobre el humo de una vida que me ha enseñado a ser una verdadera “Dancing queen”.